

Ricardo Artola

La Primera Guerra
Mundial

De Lieja a Versalles

ALIANZA EDITORIAL

Ilustraciones de las páginas 20 a la 205: © Getty Images (Hulton Archive; Popperfoto; Roger Viollet). Ilustraciones de las páginas 208 a la 279: Archivo del autor.

Primera edición: 2014
Tercera edición: 2019

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com
Imagen: © Hulton Archive / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ricardo Artola, 2014, 2017, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-361-3
Depósito legal: M. 33.894-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Ángela, que supo mucho antes que
yo quién era Paul Cambon.*

Desde luego, todos tuvieron parte de culpa.

Henry Kissinger, *Diplomacia*

La forma defensiva de la guerra es por sí misma más fuerte que la forma ofensiva.

Carl Von Clausewitz, *De la guerra*

Si la gente supiera realmente, la guerra se interrumpiría mañana mismo. Pero, naturalmente, no sabe y no puede saber.

Lloyd George en 1917

Agradecimientos

Javier Setó me llamó una mañana de primavera para proponerme hacer un libro parecido a este, y con ello despertó en mí cosas que le agradezco.

Venerando Alhambra lleva ya años corrigiendo mis textos y es para mí garantía de calidad y precisión. Desgraciadamente ya no está entre nosotros.

Tengo una enorme deuda de gratitud con mi editor, Francisco «Quico» Cortina, que me ha llevado de la mano con paciencia y generosidad.

Quiero agradecer a Jesús Peña sus desvelos y rigor en la preparación de la edición de 1019.

Finalmente, no es menor el agradecimiento a mi padre, Miguel Artola, por las numerosas conversaciones sobre la guerra, la vehemente discusión en torno al índice y su atenta lectura de la obra. No es un tópico decir que esta sería mucho peor sin esos «consejos».

Nota

Por mor de la simplicidad y el carácter divulgativo de la obra, casi siempre se hablará del máximo tipo de unidad de combate (el ejército). Para aligerar la lectura se citará así: número (siempre en arábigos y con el ordinal correspondiente) y nacionalidad. Cuando se quiera especificar el nombre del comandante en jefe de esa unidad se hará a continuación y entre paréntesis; por ejemplo: «1.º alemán (Von Kluck)». Excepcionalmente, cuando se mencionen unidades militares inferiores al ejército se especificará claramente.

También utilizo indistintamente Imperio otomano o Turquía para referirme a la misma unidad política; lo mismo con Austria-Hungría y Austria.

En cuanto al uso de los nombres, como la mayor parte de los altos mandos alemanes, austro-húngaros o ingleses eran nobles y llevan la partícula correspondiente (von o sir), considérense tratados como nobles, pero no en el texto, que se haría muy farragoso.

Introducción

La Primera Guerra Mundial fue una poderosa fuerza de la historia. Derrocó imperios, alumbró revoluciones, sembró Europa de naciones nuevas, desangró a una generación, dinamitó el concierto de las naciones y dicen que acabó con la inocencia de los pueblos. Es muy difícil encontrar algún acontecimiento histórico más rico, profundo, diverso e influyente.

Pocas veces el mapa de Europa –la pesadilla de los cartógrafos– cambió tanto y en tan poco tiempo. La vieja Europa, que inexplicablemente fue a la guerra con cierto grado de inconsciencia, arrastró al mundo en sus disputas y se dejó en el camino parte de su poder.

Este libro se basa en fuentes secundarias exprimidas por el autor con la intención de ofrecer al lector lo mejor de cada una de ellas. Es deudor de una visión distinta de la guerra, que no sigue caminos trillados, y huye de la tan presente corrección política.

Quizá el aspecto más novedoso que encontrará aquí el lector sea un tratamiento más equilibrado de los dos principales bloques enfrentados, y muy especialmente del papel de Alemania. A mi juicio, la pesada sombra del nazismo, a pesar de ser posterior, ha influido considerablemente en la imagen y el tratamiento que se le ha dado a ese país, incluso por parte de los propios alemanes.

Creo que el hecho de no ser ciudadano de ninguno de los países que combatieron en la guerra me libera de tener que hacer propias visiones impregnadas de espíritu nacional que nada tienen que ver con la historia.

El relato de la guerra sigue parcialmente la cronología de los acontecimientos, pero los agrupa de manera diferente a otras obras.

El capítulo 1 describe el mundo anterior a 1914, los problemas entre las potencias y las últimas semanas antes de que sonaran los cañones.

En el capítulo 2 se narran los primeros pasos de la guerra, los choques de los beligerantes entre agosto y diciembre de 1914 en todos los frentes. Dada la posterior evolución, estos movimientos tendrán una profunda influencia en el desarrollo ulterior del conflicto.

El capítulo 3 abarca toda la actividad bélica en el frente Occidental –el «corazón» de la guerra– desde 1915 hasta 1917. En esos años los beligerantes lucharán sin cuartel y sin beneficio.

Con el capítulo 4 nos adentramos en la inmensidad del frente del Este hasta finales de 1916, pero también en casi todos los demás teatros de operaciones durante toda la guerra: Italia, África, Oriente Medio, el Cáucaso y Mesopotamia.

Los dos intentos mutuos y simultáneos de agotar económicamente al bloque enemigo (el bloqueo y la guerra submarina) son tratados en el capítulo 5, que además analiza el aspecto económico de la contienda y esboza brevemente la vida civil de los principales combatientes.

La singular forma de combatir en casi todos los frentes, que dio lugar a un nuevo tipo de vida militar en primera línea –la trinchera–, es el objeto específico del capítulo 6.

El derrumbe de Rusia, la entrada en guerra de Estados Unidos y las últimas ofensivas en Europa se tratan en el capítulo 7.

Finalmente, el capítulo 8 refiere los acuerdos de paz y las múltiples y complejas consecuencias de la Primera Guerra Mundial.

El lector también encontrará una variedad de complementos imprescindibles, útiles y/o cómodos, que suelen estar dispersos en múltiples obras, desde los ineludibles mapas para situar la guerra en el espacio hasta una cronología de todos los frentes para descubrir sincronías sugerentes, pasando por un glosario con los principales protagonistas y una bibliografía comentada para orientar al que esté interesado en profundizar en el conocimiento de la guerra.

Mención aparte merecen las abundantes imágenes de la época, comentadas, que nos permiten vislumbrar, casi por primera vez en la historia, cómo es una guerra moderna.

Al tratarse de una obra introductoria y divulgativa, me siento obligado a renunciar a las notas y también a citar constantemente la fuente de las ideas que expongo, cuando no son propias. Precisamente por eso la bibliografía es comentada y permite identificar a aquellos autores de los que soy más deudor.

Tampoco soy partidario de introducir muchos nombres propios que distraigan al lector no iniciado en el tema. Una vez más, esta carencia se intenta subsanar en los perfiles de los protagonistas incluidos en el glosario.

Siempre procuro narrar los hechos desde la perspectiva de la época, analizar cómo los vivían los contemporáneos que no tenían una visión de conjunto de lo que

estaba pasando. Aunque, por supuesto, doy las claves para entender los distintos procesos.

Los aniversarios deberían servirnos para volver a ver los hechos históricos con una mirada nueva y desprejuiciada, propia de alguien cuyo padre aún no había nacido cuando terminó la guerra, como es mi caso. Espero que este libro sirva para que otros descubran y compartan (o no) esa mirada.

1. Los sonámbulos

Un mundo feliz

En el verano de 1914 los países europeos se dividían en grandes potencias (Gran Bretaña, Alemania y Francia), potencias medianas (Austria-Hungría, Rusia, Italia e Imperio otomano) y el resto de naciones.

Desde finales del siglo XIX las distintas potencias habían forjado una serie de alianzas que dieron lugar a dos grandes bloques. Por una parte, Francia y Rusia se aproximaron mediante la firma de la Alianza de 1894. Esto era percibido como un peligro muy real por parte de Alemania, que se sentía rodeada por los nuevos aliados.

A pesar de que Gran Bretaña y Francia se erigían como las principales potencias coloniales del momento, y por tanto sus intereses en el mundo no dejaban de ser antagonicos, también habían sellado su amistad mediante la Entente de 1904. Con la Convención Anglo-Rusa de 1907 nació de facto la Triple Entente.

De este modo se manifestaba el aislamiento de Alemania en Europa, solo atenuado por su sólida alianza con el Imperio austro-húngaro y por su acercamiento al Imperio otomano, llamado por entonces «el enfermo de Europa» por su creciente debilidad.

En vísperas del estallido de la guerra, Europa (especialmente Gran Bretaña y Francia) dominaba el mundo,





en concreto grandes extensiones de África y Asia, por no hablar del comercio o las finanzas internacionales. Por tanto, lo que sucedía en el viejo continente repercutía de manera directa e inmediata en los demás territorios del planeta.

Aunque el objetivo de la política de alianzas y grandes coaliciones era procurar un equilibrio entre las naciones, acabó generando una inestabilidad indeseada que terminaría arrastrando a las potencias hacia la guerra y que se suele citar como una de las causas principales de la misma.

Y sin embargo, a la altura de 1914 Europa llevaba tiempo viviendo probablemente el mayor período de paz de su historia. El siglo XIX, tras el final de las guerras napoleónicas en 1815, había sido testigo de la ausencia de conflictos entre las grandes potencias. Es cierto que en 1866 había estallado la guerra austro-prusiana –que tan solo duró seis semanas– y que en 1870 tuvo lugar la guerra franco-prusiana, también resuelta en pocas semanas, aunque formalmente durase meses, pero el resto de la conflictividad militar europea en los cien años que anteceden al estallido de la guerra mundial había tenido lugar entre pequeños países y con rápidos desenlaces.

Además, el siglo XIX y los inicios del XX no solo habían llevado la paz a un continente tradicionalmente conflictivo, sino que habían aportado largos periodos de prosperidad económica fruto de un desarrollo tecnológico exponencial: aparición de nuevas categorías de productos (eléctricos, químicos, vehículos de combustión interna); una población creciente que aumentaba el mercado doméstico y una emigración masiva que creaba nuevos mercados fuera del continente; el libre flujo del capital, cuyo centro más destacado estaba en la City de Londres; la creación de instituciones internacionales para regular las

comunicaciones y el comercio; una cultura común, reflejada en las enseñanzas universitarias, e incluso un vínculo entre las familias reales de Gran Bretaña, Alemania y Rusia.

Por si fuera poco, los conflictos propios de la tensión capitalista encontraban alivio con el creciente protagonismo de partidos socialistas y sindicatos obreros, y las mujeres empezaban a reivindicar su papel político a través del movimiento sufragista, que aspiraba al voto femenino. En general, fue un período de creciente democracia en el continente.

Por tanto, los años previos al inicio de la guerra se caracterizaron por una prosperidad en aumento, una mejora del nivel de vida, generalizados crecimientos de productividad, aranceles bajos y una unión monetaria de hecho gracias al patrón oro. Fue una era de esperanza y optimismo. No por casualidad ese período de la historia es también conocido como la *belle époque*. Sin embargo, las grandes potencias actuaban como si la guerra fuera inevitable y, en consecuencia, se preparaban para ella. Era el ejemplo más perverso de la profecía autocumplida.

Pero en ese mundo no todas las naciones estaban satisfechas con el *statu quo* existente. La principal descontenta, por su peso económico y militar, era la joven Alemania, que, por diversos motivos, había quedado fuera del reparto del mundo por parte de las potencias europeas. Frente a las innumerables posesiones francesas y británicas, Alemania solo contaba con unos cuantos territorios en África, algunos muy amplios, pero escasamente poblados, poco atractivos económicamente y distantes entre sí. También era la metrópoli de un puerto en China (Tsingtao) y de un puñado de islas en el Pacífico.

Francia era una gran potencia y tenía un gran imperio, pero la pérdida de Alsacia y Lorena en la menciona-

da guerra con Prusia de 1870 generaba una situación considerada unánimemente como inaceptable que para los franceses requería un cambio de estatus.

Italia, a pesar de su alianza con Alemania y Austria-Hungría, tenía más reivindicaciones con esta última que motivos de unión. La llamada «Italia irredenta» aspiraba a incorporar una serie de territorios de su frontera norte que pertenecían a Austria.

Por su parte, Rusia había descubierto recientemente un fervor paneslavista que le llevaba a apoyar a Serbia en los Balcanes, pero también a obviar que Bulgaria era tan eslava como Serbia, lo cual nos hace dudar de sus verdaderas intenciones. Asimismo, albergaba una vieja reivindicación sobre el estatus de los «Estrechos», es decir, los pasos marítimos del Bósforo y los Dardanelos que unen el mar Negro con el Mediterráneo, por donde circulaba gran parte del comercio ruso con el mundo. Su control dependía del Imperio otomano, lo cual inquietaba y daba sensación de fragilidad al Imperio ruso.

Uno de los grandes fallos de ese mundo próspero y optimista fue su incapacidad para afrontar los conflictos entre potencias mediante la creación de instrumentos de cooperación o de mediación diplomática. El concepto vigente era el del «concierto de Europa», que establecía la posibilidad de que, en momentos de crisis, cualquier gran potencia planteara la celebración de una conferencia internacional para resolver las posibles disputas. El problema fue que las potencias buscaban la seguridad mediante la superioridad militar, no a través de otros medios que evitaran los conflictos.

La búsqueda de seguridad dio lugar a una carrera armamentística por tierra y por mar. Todas las potencias continentales, con la excepción de Gran Bretaña, habían

creado enormes ejércitos en tiempos de paz con la introducción del servicio militar obligatorio, así como la capacidad latente de movilizar a muchos más hombres en caso de guerra. Francia, ante su imposibilidad para igualar el poder de movilización alemán (por su mucho menor peso demográfico), recurrió a la Ley de los tres años, que ampliaba el período de servicio militar obligatorio de dos a tres años.

La creciente industrialización del continente se había visto acompañada de una mejora exponencial del armamento que obligaba a unos plazos de renovación relativamente cortos para no caer en la obsolescencia.

La carrera armamentística en el mar fue cosa de dos, pues el creciente gasto en buques de guerra por parte de Alemania desde finales del XIX (implantación de leyes navales entre 1898 y 1912) tuvo su reflejo inmediato en las espectaculares mejoras de los acorazados británicos.

Fantasmas en el paraíso

Una serie de crisis diplomáticas y guerras localizadas caracterizaron los primeros años del siglo XX. El problema es que la reiteración de dichas crisis acabó incorporando la idea de la guerra a los consejos de ministros, donde empezó a discutirse la conveniencia de iniciarla o no.

Los acuerdos franco-británicos sobre zonas de interés en el Mediterráneo llevaron al reconocimiento por parte de Francia del dominio de Gran Bretaña en Egipto, a cambio de la aceptación por esta de la influencia francesa en Marruecos. La resistencia alemana a aceptar ese entendimiento respecto a Marruecos fue desoída por la Conferencia de Algeciras (enero de 1906), que confirmó las aspiraciones francesas a costa de las intenciones ger-